

ENSAYO

CIENCIA Y LENGUA POÉTICA

(Desde el Modernismo hasta
la Generación del 27) •

Por Rafael Morales

Profesor de la Universidad de Madrid
Premio Nacional de Literatura

Cualquier consideración sobre las relaciones que se dan o puedan darse entre el léxico científico y el poético, tanto en sus coincidencias como en sus divergencias, exigiría un detenido planteamiento previo = sobre cuestión de límites, que la extensión y naturaleza de este breve trabajo no nos permiten establecer ahora.

En primer lugar, tendríamos que fijar con la mayor precisión posible qué es lo que entendemos por exclusivo lenguaje científico, ya que la ciencia se ha apropiado en muchas ocasiones del léxico común, que, = evidentemente, es también el de la poesía, y cuando, por ejemplo, dice "una flor completa" para referirse rigurosamente a la que se compone de cáliz, corola, estambres y pistilos, no hace más que emplear = una denominación que puede ser también común o poética, aunque en estos dos últimos casos el valor semántico carezca del rigor botánico.

Por otra parte, tendríamos que determinar igualmente qué léxico de = origen estrictamente científico ha pasado desde la ciencia a la poesía por gravitación directa sobre ella o desde focos lingüísticos minoritarios y cuál el que, a través de la gran divulgación de las técnicas modernas, ha sido asimilado previamente por la lengua común. Sería el caso este último de términos como "teléfono", "telégrafo", "radiografía", "cardiograma", etc.

Añadamos que aún nos quedarían por determinar otras cuestiones previas sobre cronología léxica, valoraciones semánticas, etc., e incluso no nos faltaría un problema proveniente del campo humanístico y que es, quizá, el más arduo, como sería el preguntarnos qué es lengua poética y qué no lo es y considerar si la terminología científica pudiera entrar en un poema no con valor poético operante, sino como peso muerto o, a lo más, con el valor simple que alcanza en la lengua común. Y no sólo pudiera ser un peso muerto o ápoético, sino, lo que es más grave, un elemento negativo, capaz de eliminar todo valor artístico, destruyendo el poema en su propia esencialidad, en su entidad estricta, con lo que ya no podríamos decir que la ciencia introdujera su léxico en la poesía, sino simplemente en los versos.

Por otro lado, ante la mayor o menor aceptación que han tenido por la poesía unos términos científicos u otros, habría que preguntarse igualmente si es que no todos tienen el mismo valor, y por qué motivo, en la lengua poética y establecer una escala de preferencias según épocas, tendencias, escuelas, ambientes, poetas, etc.

No es nuestro propósito, como es lógico, entrar en esta ocasión en un estudio tan detallado como el que abocetamos en las líneas anteriores, ni este es el lugar adecuado para ello. Tan sólo intentamos ahora señalar -al margen de las cuestiones planteadas y de otras que pudiéramos plantear- el empleo de algunos términos científicos -o usados preferentemente por la ciencia- en nuestra poesía a lo largo de casi un siglo, si contamos desde el libro que convencionalmente venimos considerando como iniciador del Modernismo, el famoso Azul (1888), de Rubén Darío, y desde Sinfonía del año, de Salvador Rueda (1888), que muy bien pudiera compartir el título de pionero del famoso movimiento poético en España.

bien pudiera compartir
tico en España.

Tras esas consideraciones previas con que intentamos manifestar nuestro propósito de estricta observación, ajeno a toda valoración estática, sólo nos resta decir que tampoco hemos intentado agotar los posibles ejemplos y que en el breve comentario que sigue no haremos referencia a los términos que de la lengua común han pasado a la científica -caso de "flor completa", anteriormente citado-, ni a los términos de origen técnico más popularizados, como son "teléfono", "microscopio", "telescopio", etc.

* * *

Es lógico que ya en la segunda mitad del siglo XIX, antes de la aparición del Modernismo, los poetas, inmersos en un ambiente de grandes descubrimientos científicos y de singulares revoluciones técnicas, que eran capaces de transformar rápidamente a la sociedad, no permanecerían ajenos a su circunstancia, y así "Clarín", cuando en sus Solos de Clarín (1881) hace un comentario crítico de los Pequeños poemas de Campoamor, publicados entre 1872 y 1874, dice que el famoso y prosaico poeta hace con ellos "libro de memorias en que deja consignadas multitud de noticias de todos los órdenes, máximas, verdades científicas, etc. "(1).

No tengo ánimos para releer detenidamente ahora a Campoamor, si bien no recuerdo que a la par de esas verdades científicas de que habla "Clarín", se dé también en los versos campoamorinos un léxico científico abundante, ni encuentro ahora en una rápida ojeada a unos centenares de composiciones del poeta más que algunas escasas alusiones a la "igualdad geométrica", al "átomo en reposo", etc. Por otra parte, tampoco nos interesan ahora los versos de Campoamor, muerto en 1901, cuando empezaban a aparecer los primeros libros de la generación modernista en España, todos ellos publicados entre 1898 y 1908; primero, los de Francisco Villaespesa Intimidaciones y Flores de almendro, los dos en 1898; luego Odas, de Marquina, los de Juan Ramón Jiménez Almas de violeta y Ninfeas y el de Manuel Machado Alma, todos ellos publicados en 1900; después, en 1903, el Antonio Machado modernista dará a la imprenta Soledades, y en 1907 y 1908, respectivamente, se publicarán Aromas de leyenda, de Valle-Inclán, y Poemas de la gloria, del amor, del mar, de Tomás Morales.

Estos modernistas, que reaccionaron contra el realismo y el positivismo de la poesía y la prosa anteriores y que pusieron su más encendido afán en hallar un mundo estético y sensual rico de exotismos y evasiones de toda índole, no parecen, por su propia naturaleza artística, los más llamados a preocuparse por las verdades científicas -usemos los términos de "Clarín"- ni por la realidad objetiva que ésta supone. Sin embargo, los poetas modernistas son hombres de su tiempo, y si bien,

(1) Citamos por la reciente edición de Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1971. Pág. 253.

temáticamente, se quedan al margen de las preocupaciones de carácter científico y prefieren el subjetivismo soñador al objetivismo realista, por otra parte no pueden ni quieren evitar el empleo de un léxico procedente de la ciencia, además de no negar la entrada en su poesía, unos más y otros menos, a la terminología de las realizaciones técnicas más popularizadas: aeroplano, microscopio, teléfono, telégrafo, = pararrayos, telescopio, rayos X, gramófono, locomotora, automóvil, etc.

Negar la entrada en la poesía a todos estos términos y a otros semejantes, carentes, como es lógico, de toda poética, hubiera sido ya una evasión absoluta. Es cierto que en un principio no abundan mucho, pero después, cuando las nuevas corrientes de entreguerras ejercen su = influjo sobre los modernistas, algunos de éstos, como en el caso de = Tomás Morales, intensifican la terminología científica, o dan entrada generosa al elemento técnico más popularizado, caso de Ramón de Basterra, modernista evolucionado.

No hubo, pues, evasión del léxico científico en la poesía modernista, como ahora veremos, aunque sí se dan casos de evidente poco uso. También inmediatamente después de ella, nos encontraremos con que tampoco es abundante en Juan Ramón Jiménez, no ya en su período plenamente modernista, el de los libros iniciales Almas de violeta y Ninfeas (en este habla de "trenes neurósicos"), sino después, en la llamada generalmente su primera época, que yo suelo denominar, para determinarla con más precisión, la de su posmodernismo sentimental, que llega hasta 1916. En esta época, con más de una docena de libros, ni en una sola ocasión encontramos léxico científico en Juan Ramón Jiménez, aunque del lado de la técnica popularizada no falte la mención de los aviones, mención que, naturalmente, toma ya de la lengua común y que hallamos en sus libros Baladas de primavera (1910) y en La soledad sonora (1911). También, y es el mismo insignificante caso, a partir de su libro Melancolía (1912), nombrará, a veces, el tren.

Es ya en su segunda época, la llamada de la poesía pura, desnuda o esencial, que inicia en 1917 con su Diario de un poeta recién casado, donde advertimos un mayor empleo -que sigue siendo muy escaso- del léxico científico. Así, en el poema 292, titulado Nocturno, que dedica a Antonio Machado, podemos leer alusiones a "la celeste geometría" o a la = "anatomía del cielo", dos términos que, a pesar de su divulgación, hemos de considerar en este esbozado trabajo, como rigurosamente científicos.

En el libro siguiente, en Eternidades (1918), se referirá el poeta a "un ave nictálope", o en un poema de Belleza (1923) hará un juego de palabras entre el término científico "neurópaña" y el circense "acróbata" en estos versos:

En el alambre del teléfono
tiembla, verde neuróbata, una estrella.

Y poco más podemos hallar de carácter científico o técnico en la poesía de Juan Ramón Jiménez, y siempre ya operando desde el terreno de la lengua cotidiana y común: "óptica", "epidemia", "telégrafos", "aeroplanos", etc. Ni la lírica posmodernista sentimental ni la poesía pura o esencial de Juan Ramón Jiménez permitían, por su propia naturaleza, mayor abundancia del léxico que ahora más interesa. A los modernistas que le preceden o que le acompañan cronológicamente, tampoco les ofrecía muy ancho cauce para lo científico su lirismo evasivo, poco amigo de las = realidades objetivas e inmediatas, si bien, como es lógico, el léxico científico puede muy bien asumir funciones líricas que nada tienen que ver con la ciencia. Así la zoología obsequiará a Rubén Darío con el término "áptera" para que se lo aplique a "alma" en su poema Salutación = del optimista, de los Cantos de vida y esperanza (1905) :

¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos y que el alma española juzgase áptera y ciega y tullida?

O igualmente, la terminología médica aparecerá, también en los Cantos de vida y esperanza, para henchirse de contenido poético cuando en el poema Nocturno el genial poeta hispánico incluye versos como éste: = "Los que auscultasteis el corazón de la noche".

No fue obstáculo, pues, para el Modernismo y para sus ansias evasivas la terminología científica, que, naturalmente, tenía pocas posibilidades expansivas en el meollo de la más característica temática de aquella famosa escuela, que llegaba resucitando la vieja mitología, arrinconada desde el siglo XVIII; o añorando el mundo de la antigüedad clásica, un mundo grecolatino pasado por la frivolidad de París. "la Grecia de la Francia", como decía Rubén Darío; o desempolvando las viejas pelucas de Versalles y la pintura de Watteau; o soñando, entre cisnes, ibis, tigres de Bengala y pavos reales, entre nenúfares, dalias, rosas y arrayanes árabes, los más exóticos mundos orientales, lejanos en el tiempo y en el espacio; o evocando los días medievales; o el gozo de lo suntuario, de la belleza, del color, de la luz...

Casi parece imposible que en un mundo poético de esta índole pudiera abrir brecha la terminología científica, pero la vida del poeta se realiza condicionada por lo temporal y no cabe ninguna evasión absoluta de la realidad inmediata, a la que, de una forma o de otra, todos los poetas modernistas cantaron también.

Precursor del movimiento modernista en España y guía de él a la par = que Rubén Darío, aunque sin la calidad de éste, tenemos a Salvador Rueda, quien en sus heterogéneas y mal recopiladas Poesías completas = (1911) se nos muestra atento a las innovaciones técnicas o no regatea elogios a los científicos? así, por ejemplo, al químico -"químico = sublime", le llamará-. En sus Visiones nuevas -donde el poeta se muestra impresionado por los avances técnicos de su tiempo-, uno de sus poemas será el titulado Microscopio, aunque en él no aparece léxico = científico; otro será El abanico eléctrico, titulado así cuando aún = el ventilador eléctrico no había recibido su bautismo definitivo:

Siglos de ciencia ha costado,
siglos de ciencia divina,
vertiginosa retina,
abanico electrizado.

O cantará también los Rayos X, mostrando siempre su gran admiración = por los científicos, como vemos en su poema San Martín:

Los sabios sois artistas de esencia misteriosa;
sublimes rayos equis os sirven de retina.

También en su poema El supremo crisol nos sorprenderá Rueda con la = mención de diversos elementos químicos: sales, bromo, calcio, nitrógeno, sodio, silicio, cobre y magnesio, sin que falten expresiones como "químicas danzas" y otras semejantes. Así, pues, ni la ciencia ni su = léxico están desterrados de la torrencera lírica de Salvador Rueda.

La geometría, que, en cuanto al léxico científico, ha sido muy mimada por los poetas del período que estudiamos, no falta en los versos de otro ilustre modernista, Vallé-Inclán

Por el Sol se enciende mi verso retórico,
que hace geometría con el español.

La cita es del soneto Clave X. La rosa del Sol, en donde igualmente = aparecen exclamaciones como "¡Áurea matemática!" y otras semejantes.

También volverá Valle-Inclán a exaltar lo matemático en relación con la métrica en el poema Clave XIV. Rosa métrica, perteneciente, como el anterior, a su libro El pasajero (1920). De él proceden estos versos = gritados:

¡Número celeste! ¡Geometría dorada!
¡Verso pitagórico I ¡Clave de cristal!

Y creemos que, si exceptuamos alguna solitaria mención del cloroformo o del yodoformo, aparecidas en el soneto Rosa de sanatorio, del libro La pipa de kif (1919) no es fácil encontrar el léxico que ahora nos = interesa en la obra valleincliniana.

Tampoco en Francisco Villaespesa, en Eduardo Marquina o en Manuel Machado encontramos nada digno de destacarse en este aspecto. Manuel Machado, figura máxima del modernismo español, ni siquiera cuando en su libro Apolo (1911) canta La lección de anatomía, de Rembrandt, emplea más palabra de origen científico que la que le da el mismo título del cuadro, o, a lo más, pasa como sobre ascuas, y dentro de una lengua ya más común que científica, por los terrenos de la física en uno de sus Dolientes madrigales, del libro Ars moriendi (1921):

Por una de esas raras reflexiones
de la luz, que los físicos
explicarán llenando
de fórmulas un libro...

Tampoco la poesía de Antonio Machado asimiló abiertamente el léxico = científico, que apenas si encuentra un delgado resquicio para introducirse media docena de veces en su obra en verso, tanto en la del periodo modernista como en la del noventayochista y el posterior. Hará alguna alusión a la "lira pitagórica" en dos ocasiones -Coplas elegiacas, de Soledades, galerías y otros poemas (1907) y en Galerías, de Nuevas canciones (1924)-, o al simple estereoscopio, o rememorará en otra ocasión "la vieja medicina" o nos hablará de "un álgebra vieja de amores". Menos popularizados, sólo encontraremos en el léxico de Antonio Machado los términos "élitros" (Vibraba el aire asordado/ por los élitros cantores que hacen el campo sonoro", en Soledades, galerías y otros poemas) y "lactescente" ("El mar lactescente/ el mar rutilante,/ que ríe en sus liras de plata sus risas azules...", del mismo libro).

En cuanto al noventayochista Unamuno, poco más podríamos señalar, aun que sí queremos resaltar que en Cancionero (1953)» su libro póstumo, publicado por Federico de Onís, aparece incluso una fórmula matemática en los versos más apretadamente rebosantes de terminología científica de toda índole que yo recuerdo. Traslado íntegra la burlona canción = 531, fechada el 4 de diciembre de 1928:

Dnieper, Dniester, Don y Volga,
yambos, espondeos, dáctilos,
fapesino, frisesomorum,
icosaedros, pentágonos,
Teudis, Teudiselo, Walia,
malacopterigios, ápteros,
hiperóxido carbónico,
el cosmos, la luz, los átomos,
 $a \ b \ \nabla = 3 \ x$,
¡dulces ensueños románticos! (2)

(2) Nos hemos permitido una puntuación distinta en parte a la empleada por Federico de Onís, que en su excelente edición del Cancionero de Unamuno respetó como era debido en tal ocasión, la puntuación del manuscrito. Nosotros, ya en otra circunstancia, considerando la condición de =
(Sigue)

En otra ocasión (Canción 131), Unamuno se referirá a la intersección de dos líneas o al punto geométrico, o, en otra (Canción 326) a las aurículas y ventrículos del corazón, pero nada más, o, si acaso, muy poco más, aunque sí será citada la ciencia por el recio poeta vasco en sus realizaciones técnicas, y en este aspecto, en alguna ocasión, incluso se nos mostrará influido imaginísticamente de las nuevas = corrientes de la vanguardia poética de entonces, que no desdeñó nunca -todo lo contrario- el elemento técnico. Es curioso a este respecto que en Unamuno se pudieran dar imágenes tan ajenas a su talante como esta que se da en la canción 974 de su Cancionero:

Gramófono celeste, las estrellas
son el trazado del divino disco.

El irracionalismo existencial de Miguel de Unamuno no era lo más apropiado para llevar a la poesía ninguna clase de objetividad, científica o no, y, por otra parte, más dado era a crear neologismos o a desempolvar viejo léxico castellano que reflejasen su subjetivismo o el latido de la sangre del espíritu que era para él el idioma común, que al caer en la concreción rígida del cientifismo. "¡Jaque mate, matemático!, que haya razón irracional", exclamará triunfalmente en la mencionada canción 974.

De todos los modernistas, creemos que fue el poeta canario Tomás Morales, que, como es sabido, era médico, quien más cantidad de léxico científico empleó, y además procedente de diversos campos de la ciencia. En la edición definitiva de Las rosas de Hércules, donde está recogida toda su obra, encontramos, en diversos poemas, entre otros términos de carácter técnico popularizado que ni siquiera mencionamos, el siguiente léxico de origen científicos "narcótico" (Canto inaugural), "élitros" (Canto subjetivo), "cinabrio" (idem), "átomos radiantes" (Canto conmemorativo), "radiación actínica" (Oda al Atlántico), "lumínica" (idem), "logaritmos" (A Rubén Darío), "anatómico" (Epístola a un médico), "cloral" (En el libro de Luis Doreste "Las moradas del amor"), "aorta" (La calle de Triana), "estados alotrópicos" (A Victorio Macho) y otros = muchos términos de mayor divulgación: "moléculas", "clínico", "fórmula exacta", "cálculo aritmético", "analista", "ecuación", etc., sin que = falten en la poesía moraliana cantos al número:

Los números: gérmenes de todo principio,
claros e inmutables como la Verdad.

(A M. González)

También de los poetas de transición entre el modernismo y las nuevas = tendencias vanguardistas y veintiesetistas, de las que son contemporáneos, y sin entrar en detallados aspectos clasificatorios, que ahora = no son del caso, hay que señalar algunos nombres representativos que = no desdeñaron el empleo del léxico científico. Son, entre otros, José Moreno Villa, Alonso Quesada, León Felipe, Juan José Domenchina, Mauricio Bacarisse, Ramón de Basterra, Fernando Villalón, etc.

Extendernos en el comentario detallado de las aportaciones de cada uno

anotación espontánea que tenían estas canciones unamunianas, escritas día a día, sobre la marcha del "diario poético" que recogen, hemos intentado más precisar el sentido que respetar el borrador original. = Así, por ejemplo, Unamuno no se detuvo en poner una coma entre los términos "malacopteriglos" y "ápteros", que nosotros ponemos para una mayor precisión de los conceptos. Onís, al decir en el prólogo que, por parte de Unamuno, "nada falta en el manuscrito: puntos, comas, guiones, acentos están en su sitio", no tuvo en cuenta estas insignificantes excepciones.

de los citados nos llevaría más espacio del que disponemos, pero, aun que sea a vuela pluma, no podemos olvidar que Moreno Villa poetizó = con elementos geométricos, por ejemplo, en su poema Infinito y motor, de su libro Jacinta la pelirroja (1929), donde emplea términos como "elipse", "parábola", etc., o que, en otro poema, (¿Cuándo?, de Puentes que no acaban, 1933) habló de "narcotizaciones".

No olvidemos tampoco que Alonso Quesada se refirió en sus poemas a "lo aritmético", aunque con el dolor del poeta que se siente alicortado = por su trabajo de empleado comercial; o al "médico obstétrico", a los "gusanos necrófagos", al "pitecántropo", o, irónicamente, criticando cierto léxico de los apasionados de la tauromaquia, al "álgebra superior", la "astronomía" y el "cálculo infinitesimal", ya con cierto dejo de benjamín del 98. Todo ello puede verse en diversas composiciones del volumen Poesía (1964), donde se ha recogido la obra poética de Alonso Quesada.

Recordemos también que Bacarisse en el soneto en alejandrinos Junio, de su libro inicial El esfuerzo (1917) incluirá nada menos que estos versos:

El guadañil que hace siega en matemáticas puras,
como Copérnico o Newton igual que dos girasoles,
dirigirá sus pupilas hacia algebraicas lecturas.

O, en el poema Pensamientos dobles, de su libro Mitos (1929), mencionará los "tiernos lepidópteros", o a la "entomología".

León Felipe se referirá al "psicoanálisis" en el poema que comienza = "Pero diré quién soy más claramente...", de El poeta prometeico (1942), o a lo "antiséptico" en Yo soy el gran blasfemo, de Del poeta maldito (1941), o a la "espiroqueta" y las "arterias" en el poema Yo no soy el gran buzo, del mismo libro, o al "cardiograma", en La poesía llega = (Nuevos poemas. Antología rota. 1957), o a los "entomólogos" en Un poderoso talismán (ídem), por no extendernos en más citas.

También Domenchina empleó el léxico científico, aunque escasamente, = pese a que en su primera época gustó de vocablos cultos. De todos modos, no faltarán en algunos de sus sonetos últimos términos como "élitros", tan usado por muchos poetas, u otros más popularizados, como, por ejemplo, "afonía".

En cuanto a Basterra, es curioso observar que, quizá, ninguno de los poetas de su generación llevó a los versos más menciones de las grandes realizaciones técnicas y descubrimientos modernos que él, aunque sólo ya en sus últimos libros. Ramón de Basterra incluso ideó un nuevo fabulario, en que "calla doña raposa, don león, don caballo./ Avanza doña grua, don cilindro, don émbolo", pero, en realidad, siempre = fue la técnica y no la ciencia la que predominó en el léxico de su = obra poética.

Ni en Las ubres luminosas (1923) » ni en La sencillez de los seres (1923) encontramos en la poesía de Basterra el menor empleo de léxicocientífico, y en su tercer libro, Los labios del monte (1924) apenas si podemos señalar un par de términos zoológicos en el poema Los brujos:

Igual que patas de zancudas
tienen sólo tres dedos y unidas por membranas
sus falanges, extrañas palmípedas humanas.

Después vendrán sus libros Vírulo: las mocedades (1924) y Vírulo: Mediodía (1927), en donde la civilización moderna aparece en el esplendor de sus grandes realizaciones técnicas y con el léxico que a tal hecho corresponde. Hay que destacar que el avión es llamado por Basterra "coleóptero egregio" en el poema Fundación, del último libro cita-

do. Y nada más.

Tampoco Fernando Villalón, que acusa algunos rasgos modernistas, fue poeta dado al empleo del léxico científico. En un poema del libro = Andalucía la Baja (1927) no pasará de llamar a los populares lañadores "cirujanos de nuestro arte perdido", sin salirse así de la lengua común, o bien, en sus Romances del 800 (1929) se referirá a unas poéticas cristalizaciones:

Y ejércitos de aladas
mariposas de mar cristalizadas.

* * *

En cuanto a los poetas de la llamada generación de 1927, sorprende la gran atención que a los productos de la técnica moderna dedicó Pedro Salinas. El avión, el automóvil, el telégrafo, el teléfono, el termómetro, la máquina de escribir, el telescopio, el tren, etc. son frecuentemente mencionados por este gran poeta. No entramos ahora en = apreciaciones sobre las actitudes que adopta, según un período u otro de su obra, en relación con la maquinaria o algunas realizaciones técnicas, ni tampoco es este aspecto temático el que ahora nos interesa, ya lo hemos dicho, y si lo mencionamos es tan sólo por la significación que tiene la atención por parte de la poesía a estos productos técnicos de nuestros días, surgidos gracias al avance de las ciencias.

De la obra poética de Salinas sólo nos interesa ahora fijarnos en el léxico que toma del campo científico, inexistente, por cierto, en su primer libro, Presagios (1923), pero ya destacado en el segundo, Seguro azar (1929), donde los términos "geométrico" y "geoméricamente" se destacan con valor poético, para volver a repetirse insistentemente, en una forma u otra, en sus libros posteriores, así en Fábula y signo (1931), La voz a ti debida (1933) y Todo más claro (1949). No así en Razón de amor (1936) -donde el léxico científico no aparece-, ni en El contemplado (1946) o en el póstumo Confianza (1954).

También en algunas ocasiones se referirá Salinas a las líneas paralelas, bien a las de un radiador o de otro objeto, o bien a las de los rieles del tranvía y a las de los cables del telégrafo, como hace, = por ejemplo, en un poema donde, por cierto, igualmente canta lo reato y lo curvo:

Dos líneas se me echan
encima a campanillazos
paralelas del tranvía.
Pero yo quiero esas otras
que se van
sin llevarme por el cielo:
telégrafo, nubes blancas,
y
- compás de los horizontes-
el pico de la cigüeña.

(Fecha cualquiera, de Seguro azar)

Ante esta atención a lo geométrico, nada de extraño tiene que Salinas, en el ámbito de lo arquitectónico dé su preferencia al monasterio de El Escorial:

¡Qué seguro de ti mismo,
qué distante de tu alma,
entre cuatro ángulos rectos
estabas rígido! Enorme

deber de la piedra gris.
 Pero el agua
 - ¿por qué te fuiste a mirar?-
 te bautizó de temblor,
 de curvas, de tentación.
 Se te quebraron las rectas,
 los planos se te arqueaban
 para vivir, como el pecho.

(Jardín de los frailes, de Fábula y signo)

Términos aritméticos también entrarán con frecuencia en la poesía de Salinas, así, por ejemplo, cuando exclama: "Clarísimo el futuro, ¡ya aritmético!", en su Variación XII (El contemplado), Y en fin, cualquier lector atento de la obra saliniana hallará salpicados en ella términos como "álgebra", "rectangular", "cifras exactas", "logaritmos", etc., con lo que vemos la gran representación léxica que tienen las ciencias exactas en la lírica de este gran poeta. Y no sólo la geometría, la aritmética y el álgebra entran noblemente en los versos salinianos, sino también la física cantada en el campo de la electricidad, el calor, la gravedad, etc. Otras ciencias tienen una representación más escasa, así, por ejemplo, la medicina, aludida en los movimientos de "sístoles y diástoles" del semáforo:

Delirante titubeo,
 latir verde, latir rojo,
 dentro sístoles y diástoles
 apagándose, encendiéndose.

(Hombre en la orilla, de Todo más claro)

Y poco más, si acaso. Lo matemático, lo geométrico es lo que se destaca.

En Jorge Guillén esta terminología atenta a las ciencias es más escasa, como, en general, en todos los poetas de la generación del 27, exceptuando Gerardo Diego.

En la primera época de Guillén, en la de Cántico (1928-1950), el gran poeta vallisoletano al cantar las "maravillas concretas" de la materia, no se olvidará de los "átomos" que la componen, o, en otras ocasiones, se referirá al "volumen", a los "planos", al "apogeo máximo de la Tierra". Pero poco más y sin salirse del lenguaje científico de uso generalizado. En la segunda época guilleniana, que va desde 1950 hasta el momento actual, aparecen algunos términos de origen científico muy usuales, como, por ejemplo, "penicilina", tan vulgarizado. En realidad, no ha abusado Guillén de tecnicismos ni científismos.

En cuanto a Dámaso Alonso, en el aspecto que ahora nos interesa, hay que destacar sobre todo su segunda época, la de posguerra y muy especialmente, dentro de ella, su famoso libro Hijos de la ira (1944), que tanto influyó en alguna corriente poética de aquellos días. En este libro de tan alta significación en la poesía de aquel momento, el innovador Dámaso Alonso se referirá a una "masa fungácea", a las "amebas", a un ser "necrófago", a la "mucosidad", al "cloroformo", al "solsticio" e incluso no desdeñará el empleo de una expresión de tan evidente carácter médico como la que recoge el endecasílabo "tercer espacio intercostal derecho". Pero quizá es en la nota preliminar al poema Los insectos donde el singular Dámaso Alonso ha empleado un mayor léxico de naturaleza: "pesados coleópteros", "minúsculos hemípteros saltarines", "grotescos ortópteros", "tiernos, delicadísimos neurópteros", etc. Pero aquí no se trata de versos ni de versículos, sino de esa sugerente y bella prosa, tan afín con el poema, a que tan acostumbrados nos tiene este gran maestro.

¿Y qué no encontraremos en la rica y variada poesía del gran Gerardo Diego, cantor, como su admirado Lope de Vega, de todo lo divino y humano? No podía faltar el léxico de la ciencia en una poesía tan atenta a los más diversos aspectos de la vida y de la muerte como es la de Gerardo Diego, guía, a veces, con sus inquietudes, de los pasos de su propia generación. El es también el primero que publicó un libro = de poemas entre todos los componentes de ella. Nos referimos a Romancero de la novia (1920), y aún antes de la aparición de éste ya tenía escrito su libro Iniciales, en 1918, que quedaría inédito hasta los = años cuarenta. En él ya encontramos alusiones a la astronomía y a la cosmografía:

Qué hermosura. Niño astrónomo.
 (Yo tenía
 nueve años y estudiaba
 de puntillas,
 torciéndome en el balcón,
 cosmografía:
 Sirio, Antares, Betelgeuse...)
 ¡Ay, qué líricas
 las estrellas, qué profundas
 y qué limpias!),

(impromptu)

En el poema creacionista Ahogo, del libro Imagen (1922) encontramos el término "neurastenia", y no faltan otras alusiones a la medicina o a = la cirugía en la obra dieguina posterior. Así, espigando muy por encima en los libros Soria (1923), Versos humanos (1925), Fábula de Equis y Zeda (1932), Biografía incompleta (2ª ed., 1967), La suerte o la muerte (1963) y La rama (1961) se puede encontrar, por ejemplo, este léxico: "quirurgia", "quirúrgicos", "calorías", "intrauterino", "helioterapia", "radioscopia", "auscultadme", etc.

También la aritmética, la geometría y el álgebra gozan de gran favor en la poesía de Gerardo Diego. Así lo podemos comprobar en Versos humanos, Biografía incompleta, Fábula de Equis y Zeda, La suerte o la muerte, La rama o en los libros no citados Alondra de verdad (1941) y la sorpresa (1944) • En ellos nos encontraremos con este vocabulario, a veces incluso repetidamente: "geometría", "triángulo", "prisma", "tangente", "álgebra", "diagonal", "rombo", "diedro", "arista", "aritmética", "esfera", "pirámide", "polinemios", "isósceles", etc.

La zoología, la geología, la botánica y la astronomía también tendrán su acogida en los libros citados Biografía incompleta, Alondra de verdad y La suerte o la muerte, así como en Poemas adrede (1932), Angeles de Compostela (1940). Hasta siempre (1948) y La luna en el desierto = (1949), donde, en uno u otro, nos encontramos con términos como éstos: "élitros", "hidrografía", "mineralogía", "estambres", "pistilos", "perihelio", "ofidios", "meteorología", etc.

Estas son las ciencias preferidas por Gerardo Diego para su poesía, sin que falten, en menor cantidad, las alusiones a otras. Igualmente hay = que señalar que las realizaciones de la técnica moderna también han encontrado generosa acogida en la poesía dieguina: automóviles, tranvías, termómetros, aeroplanos, ascensores, hélices, luces voltaicas, teléfonos, trenes, etc.

No es tan abundante el léxico científico en la poesía de Federico García Lórca, pero también aparece con alguna frecuencia, a veces ateniéndose tan sólo a las formas más popularizadas. En Libro de poemas (1921) menciona las "estalactitas"; en su famoso "Romancero gitano" (1928), el = "prisma", la "astronomía" y los "cauterios "; en el Poema del cante =

jondo (1931), la "elipse", en Poeta en Nueva York (obra póstuma, escrita en 1929-30) la "clorofilia", la "pila-de Volta", el "fósforo" y el "óxido de hierro", y en la Oda a Salvador Dalí, la "flor aséptica de = la raíz cuadrada" y el "corazón astronómico". A la geometría, en esta misma oda le brindará estos dos versos:

Dice la línea recta su vertical esfuerzo
y los sabios cristales cantan sus geometrías.

Y nada más, o poquísimo más si atendemos más generosamente la terminología compartida por la ciencia y la lengua común.

Tampoco en Rafael Alberti, que hasta incluye números en algunos de sus poemas y que es, precisamente, el cantor del ángel de los números, encontramos mucho léxico perteneciente a la ciencia, aunque no le faltan versos como éste de su poema Muerte y juicio (Antología. 1931):

Perdido entre ecuaciones, triángulos, fórmulas y
precipitados azules.

En otras ocasiones también menciona aspectos de la geometría o la física.

En cuanto a Vicente Aleixandre, en su primer libro, Ámbito (1928), encontramos la siguiente terminología: "cinemática", "bituminoso", "hialina" y "pirámide", aunque nada en Espadas como labios (1932), y sólo el término "élitros" en La destrucción o el amor (1935). En Sombra del paraíso (1944) cuarto libro en verso de este gran poeta, tampoco hay más mención de carácter científico que la de la "lengua bífida" de la serpiente, y lo mismo podemos decir de Nacimiento último (1953), donde vuelve a repetir el término "pirámide", o de Historia del corazón = (1954) donde se refiere a "coriáceos caimanes" y a "élitros leves". Y nada más encontramos, o muy relativo, en la poesía aleixandrina posterior. Menos aún encontraremos en la del otro poeta neorromántico de la generación del 27, en Luis Cernuda, en la que nada hallamos digno de destacarse en el aspecto que ahora nos interesa, y apenas si podremos señalar en la de Manuel Altolaguirre, último representante de la famosa generación, una simple alusión al "ángulo recto" o a "una geografía insensible" (Las islas invitadas. 1936).

Podríamos extendernos en el comentario de la obra de otros poetas de las generaciones a que nos hemos referido en estas anotaciones o a otros más recientes, pero ni disponemos de espacio para ello ni lo consideramos necesario, puesto que nuestro propósito se reduce a la simple presentación de un ejemplario que nos muestre cómo la poesía española de nuestro siglo no ha desdeñado nunca, o sólo con raras excepciones, el léxico culto, más o menos divulgado, empleado por la ciencia.

